

## COLABORACIONES

## LA CALLE Y LA CASA

Por Rafael MORALES

(Premio Nacional de Literatura)

CON su verso fácilón, filosófico y apocático, donde no faltan, a veces, el humor y el ingenio, escribió Ramón de Campoamor, allá por las postrimerías

del pasado siglo, que todo es según el color del cristal con que se mira, apreciación relativista y errónea si se interpreta al pie de la letra, ya que el cristal podrá falsificarnos la visión de la realidad, pero la verdadera realidad será la misma, aún más allá del conocimiento humano. Claro es que en la vida cotidiana todos nos aferramos a nuestras impresiones, a nuestras visiones a través de los más variados cristales de la pasión: el prejuicio, los afectos, las aficiones, las situaciones, los caracteres, etc. De ahí que cada uno tengamos nuestras realidades subjetivas, a pesar de que ella no pueda ser más que una, y de ahí también el origen de la discusión, la oposición y hasta la violencia. Campoamor sólo quería decir, no que no hubiera una verdad, una realidad inmutable más allá de nuestra flaca interpretación humana, sino que nuestra apreciación "en este mundo traidor" nos manejaba más allá de la verdad y de la mentira. Y traigo a cuento todo este preámbulo porque no hace muchos días leí un artículo en el que un justamente prestigioso periodista, que dejó atrás la juventud hace ya algunos lustros, aseguraba que la vida había cambiado mucho en relación con el hogar. Afirmaba él que antes el hombre hacía más vida en la calle que ahora. Pero, ¿no será esto una falsa apreciación, una mirada a través de un cristal de color? Si la juventud, ese "divino tesoro" perdido que lloraba Rubén, pudiese volver y henchirnos nuevamente, ¿nos quedaríamos en casa al amor de la charla, del café, de la copa, de las zapatillas y del radiador, o nos lanzaríamos a la calle?

Es cierto que la radio, la televisión y las grandes distancias pueden retener a algunos en su casa; pero también es verdad que el cine, las cafeterías, los campos de fútbol y otras diversiones y pasatiempos de más allá de nuestras tapias han aumentado de tal manera y con tal éxito, que nos hacen dudar de que sea cierto eso de que la vida hogareña, más confortable ahora, por lo general, haya ganado la batalla a la callejera. Quizá los hombres de hoy anden en la calle más que nunca, aunque es probable que González-Ruano, articulista a que me refiero, no se equivoque en su apreciación, al afirmar que antes se citaban en los cafés y en los casinos y que ahora también se citan en sus casas. Esto es una verdad, pero relativa, puesto que la cita en los cafés sigue siendo muy frecuente. Además, antes también solía reunirse la gente para organizar meriendas familiares a base del consabido chocolate con bizcochos, cuando no, con menos finura y más vida, alrededor de un suculento chorizo, un pan y una botella de vino. Añadamos que antes la mujer apenas si iba a los cafés y era verdaderamente más casera que hoy, tiempo en que en que llena aceras, tranvías, oficinas, cafeterías y cines en un cincuenta por ciento, además de las consabidas tiendas, que ha llenado siempre con un porcentaje mucho más alto. No olvidemos tampoco que las cafeterías del momento son tantas y tan rebosantes, que no recordamos semejante aglomeración y falta de espacio en ningún viejo café, a no ser en muy contados, y sólo en algunas ocasiones. No cabe duda

cincuenta años, aunque ahora los amigos y las familias se reúnen en las casas de vez en cuando para merendar, charlar, jugar al pináculo o ver un partido de fútbol televisado. Pero, ¿es que no nos acordamos de las casi siempre inoportunas y ya desaparecidas visitas de cumplido? ¿O los más viejos han olvidado las veladas en que una señorita tocaba al piano el inevitable "Claro de luna"? Pero, sobre todo, el cine, el fútbol, las cafeterías, la mayor independencia de los jóvenes, las excursiones a la sierra, la abundancia de automóviles, etcétera, nos hacen no compartir la opinión de González-Ruano. Por la calle ya no se puede andar, porque no queda un sitio donde poner el pie, como no lo hay tampoco en la barra de la cafetería o del bar y no se encuentra una butaca para el cine a no ser que hagamos cola, a veces con dos o tres días de anticipación. ¿Quiere decir esto que hay mucha gente que se reúne en casa? Aunque no falten algunos—una minoría, evidentemente—que se han dado cuenta de que donde se está bien de una manera efectiva y todo resulta más barato es en casa. Pero la cuestión es otra.

Mi admirado César González-Ruano, que, como digo en líneas anteriores, ya no es un joven, sino un hombre en plena madurez, empieza a ver la vida de otra forma distinta a como la viera hace veinticinco o treinta años. No es que a la gente le guste menos la calle, amigo César; es que a cierta edad, ahora como antes, nos gusta menos a todos. Si echamos una mirada a cualquier reunión casera de amigos, veremos en seguida que, por lo general, allí faltan los jóvenes, porque su vida se forja en la calle. Cuando nos gusta más la buena butaca, la mesita delante con una copa y cigarrillos, la buena temperatura y la comodidad, debemos correr a mirarnos al espejo. Nos daremos cuenta de que en nuestras sienas ha surgido una floración de canas más o menos descaradas.

La verdad es que los amigos se hacen en la calle, en la Universidad, en la oficina, en la cafetería, en la asociación deportiva, cultural, etc., y que el amor tampoco lo encontramos tras nuestras tapias. A nuestras casas los llevamos luego, y ellos las hacen más agradables, las dan vida y personalidad, como los cuadros, los libros, los muebles y los detalles.

Cuando pensamos que existen los catarros y las corrientes de aire, cuando comprendemos que hay que cenar un poco menos y cuando un invierno nos extrañamos de ver sentados a unos novios en un banco de helada piedra bajo un árbol del parque, entonces es que ya tenemos la edad en que debe gustarnos más la casa, porque todo lo que poseemos de más valor está en ella: la mujer, los hijos, los libros, los objetos que nos hacen agradable la vida. Es el momento en que deseamos que los amigos vengan a pasar una tarde con nosotros para charlar y tomar unas copas, sentados cómodamente ante una mesita. Pero a los veinte años todo lo tenemos en la calle, porque en ella está la Universidad, el taller, la oficina, el editor, el periódico y la novia; es en la calle donde se vive la ilusión, el porvenir y la esperanza.